

ALVAR EZQUERRA, Alfredo, *Un maestro en tiempos de Felipe II. Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2014, 462 págs., ISBN: 978-84-9060-053-5

Reputado especialista en la España del Siglo de Oro, Alfredo Alvar Ezquerra, Profesor de Investigación del Instituto de Historia (Centro de Ciencias Humanas y Sociales, CSIC), académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y presidente del Instituto de Estudios Madrileños, es un historiador reconocido por sus estudios sobre el Humanismo español, la historiografía real castellana y muy especialmente sobre la historia de Madrid, a la que ha dedicado buena parte de su trayectoria investigadora en los últimos tres decenios, dando lugar a contribuciones que hoy podemos considerar imprescindibles para el conocimiento de la villa y corte entre 1561 y 1606.

Historiador prolífico, el profesor Alvar Ezquerra nos regala una nueva biografía, género tradicionalmente desatendido cuando no denostado en nuestra historiografía, y que desde hace años parece haber recobrado el prestigio del que ha disfrutado en otras latitudes. La de Juan López de Hoyos hace el número siete en el amplio y sin embargo reciente elenco de obras de este género historiográfico al que el autor ha dedicado sus investigaciones. Se suma a las de *El César Carlos* (Madrid, Banco Bilbao Vizcaya, 1998), *Isabel la Católica* (Madrid, Temas de Hoy, 2002), *Miguel de Cervantes* (Madrid, Temas de Hoy, 2004), *El Duque de Lerma* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2010), *La Emperatriz* (Madrid, La Esfera de los Libros, 2012) y *Juan Sebastián el Cano* (Madrid, TF-Prosegur, 2013).

La atención que dedica este libro a la vida de López de Hoyos es digna de encomio, máxime si tenemos en cuenta que rescata del olvido una figura discreta aunque significativa de la historiografía española del Quinientos. La reconstrucción de su biografía, hasta donde ha sido posible, combina el rigor científico de una inves-

tigación académica con la escritura pulcra y amena que hace de su lectura un deleite, máxima aspiración de cualquier estudio que pretenda igualmente trascender el ámbito universitario para transitar por el siempre controvertido mundo de la divulgación de calidad. Como bien apunta el autor, esta combinación posiblemente no contente a todos por igual.

Alvar Ezquerra, como él mismo refiere, comenzó a interesarse por López de Hoyos en 2005, concluyendo la redacción del presente libro en un año, proeza a la que nos tiene acostumbrados y que muchos envidiamos. El propósito inicial era trazar el curso vital de un maestro en el Quinientos y la figura de López de Hoyos, a quien se ha tenido siempre por maestro de Cervantes, se prestaba a ello al resultar lo suficientemente sugestiva como para dedicarle el esfuerzo que conlleva toda investigación emprendida desde el rigor y la objetividad científicas. El camino no fue, desde luego, fácil, pues la vida de López de Hoyos era prácticamente desconocida hasta finales de enero de 1568 cuando ingresó en el Estudio de la Villa de Madrid, coincidiendo con los sucesivos óbitos del príncipe don Carlos y de la reina Isabel de Valois. Desde entonces, cuando el consistorio le encomendó la recopilación y descripción de los textos dedicados a la Real Familia, López de Hoyos comenzó a ser visible para la Historia. Precisamente es ahí, en la ausencia de noticias sobre sus primeras cuatro décadas de vida, decisivas suponemos, donde radica la única debilidad (no atribuible desde luego a su autor) de una obra cuya elaboración forzosamente ha estado condicionado desde su origen por las carencias documentales de aquellos años.

Paradójicamente, en menos de dos decenios (1568-1583) el volumen de documentación original inédita localizado y consultado, en contraste con el vacío previo,

revela en toda su intensidad las postrimerías del maestro. La perspicacia y el tesón de buen historiador se aprecian en el itinerario que ha seguido Alvar Ezquerro por archivos y bibliotecas de media Europa, un periplo fascinante del que me permito dejar minuciosa relación: Archivo Diocesano de Toledo, Archivo General de Simancas (Valladolid), Archivo Histórico Nacional de Madrid, Archivo Histórico de Protocolos Notariales (Madrid), Archivo de la Parroquia de San Andrés (Madrid), Archivium Romanum Societatis Iesu (Roma), Archivo de la Villa (Madrid), Haus-, Hof- und Staatsarchiv (Viena), Biblioteca Histórica “Marqués de Valdecilla” (Madrid), Bibliothèque Mazarine (París), Bibliothèque Braidense (Milán), Biblioteca Nacional de España, Bibliothèque Nationale de France (París), Biblioteca Pública del Estado (Toledo), Bibliothèque Publique et Universitaire de Ginebra, Biblioteca Tomás Navarro Tomás (Madrid), Real Biblioteca del Monasterio de San Lorenzo de El Escorial, British Library (Londres), Biblioteca Universitaria de Zaragoza, Biblioteca Vaticana (Roma) y Biblioteca Zabálburu (Madrid).

Con estas fuentes y su característica prosa, Alvar Ezquerro nos introduce de lleno en el ambiente historiográfico, humanista y postridentino, de la segunda mitad del siglo XVI, aquel que envuelve la educación confesional de la que López de Hoyos, como tantos otros, fue paradigma.

La obra se estructura en torno a cuatro capítulos o apartados. El primero esboza el contexto general, “El horizonte cultural” del siglo XVI en el que se forma Juan López de Hoyos, la Europa del Humanismo. El segundo, “El niño que aprende”, se centra en la infancia del maestro, nacido en Madrid, quinto hijo de Alonso López de Hoyos y Juana de Santiago y el primer vástago varón después de cuatro niñas. El autor se permite la licencia de evocar, mediante un relato de ficción, esta etapa desconocida y trascendental del biografiado, utilizando para ello los *Diálogos sobre la educación* de Juan Luis Vives, bastidor

muy a propósito para la reconstrucción de la enseñanza de primeras letras de aquel entonces. Para la de sus primeros estudios acude a las obras de uso común en esta etapa educativa como las de Catón (comentada por Erasmo), Nebrija, Plutarco, Quintiliano, Horacio, Lucano o Estacio, entre otros. Una reconstrucción de los distintos itinerarios académicos por los que transitaban los bachilleres que aspiraban a licenciarse en Derecho Canónico, Artes y Filosofía, Teología, Medicina la España del siglo XVI, le sirve igualmente al autor para ubicar la formación de López de Hoyos.

El tercer capítulo sitúa al protagonista en el contexto aproximado a la edad que tendría hacia 1560, cuando frisaba la cuarentena, el “mundo historiográfico” en el que el joven maestro se forjó como historiador. Es entonces, a finales de aquella década, cuando López de Hoyos comienza a escribir de historia, una disciplina que alcanzaba ya un notable protagonismo en la enseñanza pero también en la política. La producción historiográfica patria se movía entre reflexiones teóricas sobre el arte de historiar, historias generales y particulares, relaciones de sucesos y crónicas de Indias.

El cuarto y último, y también el más largo y enjundioso, refleja su madurez física e intelectual, el cénit de su formación que coincide oportunamente con su ingreso como maestro de Gramática en el Estudio de la Villa, tras haber ganado la plaza por oposición, el 29 de enero de 1568. Esta responsabilidad académica le acompañó hasta su muerte, en 1583. En los tres lustros que median entre ambas fechas, López de Hoyos fue un activo defensor del Estudio de la Villa, institución dos veces centenaria, que atravesaba entonces por una grave crisis hábilmente aprovechada por la Compañía de Jesús, su rival y competidora, para desembarcar en la corte en las más provechosas circunstancias. La creación del Estudio de la Compañía en 1560, poco después conocido como Colegio Imperial, se vio favorecida por el decidido apoyo de los regidores pro-jesuitas y de poderosos

benefactores en la corte como el conde de Feria o el cardenal Diego de Espinosa (no obstante protector de López de Hoyos), además de la complacencia de Felipe II.

El maestro había perdido la batalla antes de iniciarla. Los jesuitas triunfaron en esta pugna desigual y en 1587 contaban ya con la nada desdeñable cifra de seiscientos alumnos. Pero su justa fama le permitió a López de Hoyos continuar con su reconocida labor historiográfica. En aquellos años se sucedieron los encargos de la Villa. Fue galardonado por los autos sacramentales del Corpus en dos años sucesivos, 1568 y 1569. Se le encomendaron numerosas obras: los textos funerarios por los óbitos del príncipe don Carlos y de la reina Isabel (1568), la obra editada con ocasión de la entrada de la reina Ana de Austria en Madrid (1571), el panegírico de don Juan de Austria, vencedor de Lepanto, en 1571, y una elegía fúnebre por el cardenal Espinosa en 1572, entre otras. Alvar Ezquerro destaca un curioso e ignorado opúsculo publicado en 1573 y conformado por los versos que el maestro dedicó al natalicio del príncipe don Fernando, y cuya única copia conocida halló en la Biblioteca Apostólica Vaticana. Pero la obra más relevante fue sin duda la *Descripción de Madrid*, contestación oficial de la Villa a la *Descripción de los pueblos de España*, más conocida como las *Relaciones Topográficas*. López de Hoyos redactó más “un texto humanístico que “una respuesta a un cuestionario”. La semejanza con otros escritos del maestro es evidente.

López de Hoyos es autor también de al menos nueve “aprobaciones”, casi una decena de dictámenes que le encargó el Consejo Real. En 1574, por ejemplo, firmó la aprobación del *Lucano traducido de verso latino en prosa castellana* de Martín Laso de Oropesa; en 1576 la de los *Principios de la gramática* de Juan de Pastrana; en 1577 la de *El regidor o ciudadano* de Juan Costa y en 1581 la de la *Crónica llamada el triunfo de los nueve* de Antonio Rodríguez Portugal.

En estos últimos años de su vida, abordados por Alvar con magistral delicadeza, López de Hoyos oficiaba de párroco de San Andrés, habiéndolo sido anteriormente de la anexa Capilla del Obispo. De sus postrimerías ha quedado un notable registro documental en los libros de bautismo de la parroquia, donde figuran 350 bautizos oficiados durante su etapa de párroco.

Si la ausencia de documentación no ha permitido clarificar algunos datos significativos de la biografía de López de Hoyos como, por ejemplo, su fecha de nacimiento (probablemente 1511) o los hitos de su formación académica, la localización (Archivo Histórico de Protocolos de Madrid) y edición del testamento, realizada por Ángel Sánchez Palencia en 1920, ha permitido un acercamiento singular a algunos aspectos interesantes de la intimidad del maestro. En el testamento, redactado de su puño y letra, previa licencia de su madre, Juana de Santiago, dejó generosos y numerosos bienes, entre los que se contaban dos casas, un palomar, algunas tierras y una treintena de préstamos y censos a sus dos únicos herederos testamentarios (por este orden), su madre (que le sobrevivió nueve años) y su hermano, el alférez Gabriel López de Hoyos. El 14 de julio de 1583 se inició la almoneda de sus bienes, gracias a la cual sabemos que contaba con una nutrida biblioteca, integrada a su muerte por 477 entradas (más volúmenes que títulos), en su mayoría impresos, donde predominan los clásicos, obras de temática religiosa y libros de gramática.

Cierra el libro un breve pero relevante epílogo sobre el devenir del aprendizaje de las primeras letras en Madrid y los proyectos iniciados tras la muerte de López de Hoyos para la evaluación de los maestros de primeras letras y la mejora de la enseñanza, significando especialmente la propuesta de reforma impulsada por Pedro Simón Abril en 1589.

En definitiva, la biografía de López de Hoyos es una reconstrucción encomiable y modélica del que ha sido tradicionalmen-

te considerado “maestro de Cervantes”, y a quien el eximio ingenio menospreció con el olvido. El autor dedica las páginas de su obra a cuatro de sus hermanos, los doctores Manuel, Carlos, Jaime y Antonio, catedráticos de Universidad, “profesores y maestros de una vocación humanística heredada” del padre de todos ellos, don Manuel Alvar, desaparecido en 2001. Qué mejor expresión de esta reconocida tradición académica familiar que un libro que refleja

como pocos la relevancia del estudio y la enseñanza, a la que Alfredo Alvar Ezquerro dedicó –para satisfacción de quienes primero fuimos sus alumnos y ahora somos sus colegas– veintidós largos años como profesor asociado del Departamento de Historia Moderna de la Universidad Complutense de Madrid, desde donde se escriben estas líneas.

Santiago MARTÍNEZ HERNÁNDEZ
Universidad Complutense de Madrid

CALVO MATURANA, Antonio, *Cuando manden los que obedecen. La clase política e intelectual de la España preliberal (1780-1808)*, Madrid, Marcial Pons, 2013, 316 págs., ISBN: 978-84-9282-0856.

En la anotación de su diario del 20 de marzo de 1795 escribió Jovellanos la frase: “Cuando manden los que obedecen”. Antonio Calvo la ha tomado para dar título a su libro. La interpreta, acertadamente, así: cuando las instituciones creadas por el rey para ilustrar al país den sus frutos, la Monarquía española progresará. El optimismo mostrado en esta ocasión por Jovellanos y el objeto al que alude (progreso, modernización) impregnan el libro que comentamos.

Fundado en los ya abundantes y excelentes trabajos sobre el siglo XVIII aparecidos en las últimas décadas y en un extenso conocimiento de los textos de la época, Antonio Calvo estudia la identidad cultural y política de la élite dirigente del absolutismo ilustrado, constituida –de acuerdo con la propuesta del autor– por individuos elegidos por la Monarquía para fortalecer la administración estatal y, en consecuencia, incrementar el poder del rey. Son personas con formación universitaria o de procedencia militar, abiertas a la nueva ciencia económica, nacidas en provincias en el seno de familias acomodadas. Con el tiempo, este grupo dedicado con pleno convencimiento

al servicio del rey se incrementa y sus componentes muestran creciente preocupación por dignificar y profesionalizar su función. Su actividad (legislación, decisiones administrativas, publicación de escritos de todo tipo, etc.), constituye el inicio de la modernización del Estado, lo cual, como es lógico, limó las bases del Antiguo Régimen y preparó el camino al liberalismo. A finales del XVIII, la nueva élite había desarrollado una red clientelar propia, dando lugar a una clase política cada vez más sólida que empezó a serlo del Estado, más que del rey. Los magistrados de 1800 –opina Calvo, y con esta reflexión abre interesantes perspectivas para una nueva interpretación de la historia política del periodo– “empiezan a considerar al monarca como un actor más del juego político” (p. 209).

El libro objeto de este comentario pretende demostrar que el Estado liberal no surgió de la nada y que “en la España de Carlos IV hay unos visos de modernidad que no siempre se tienen en cuenta” (p. 22). Antonio Calvo no cae en la tentación –lo declara expresamente– de ofrecer una